Año III — Bolívar, Agosto 31 de 1913 — Núm. 120

LIBRE EXAMEN

PERIODICO SEMANAL, ORGANO OFICIAL DEL CENTRO DE LIBRES PENSADORES DE BOLIVAR

Aparece los Domingos — No se devuelven los originales — Tiene responsables

Universidad Popular

CLASES DE LA SEMANA PROXIMA

—s—

LUNES — Contabilidad
MARTES — Quimica Inorganica
MIERCOLES — Geometria plana
JUEVES «Egoismo y Altruismo» Conferencia
VIERNES — Gramática
SABADO — Aritmética razonada
DOMINGO — Zoologia

NOTAS- Estas clases comienzan a las 8 30, p.m.

El curso elemental para los niños se dicta de 7.30 a 8.30. todas las noches, comprendiendo las materias siguientes: Lectura, escritura, arítmética, geografia, geometria, gramática, fisica y quimica

Tribuna Libre

Habiendose dadó comienzo en este Centro a una serie de conferencias periodicas; se ofrece en él libre tribuna para cualquiera; sin hacerse cuestión de zonas ni de ideas.

Los que quisieran ocuparla solo tienen que dar aviso previo para fijar el dia.

Igual ofrecimiento se hace de las columnas de LIBRE EXAMEN requiriendo únicamente los artículos, la cultura debida y la firma del autor, aunque estos puedan aparecer luego con pseudonimos.

REDACCION

Moralina social

—s—

Nos diferenciamos de nuestro prójimo, en que nosotros somos prójimo para ellos.

Nos reimos de los defectos de nuestros semejantes, o de lo q' entendemos por ta les,y en cambio no sabemos encontrar o comprender los nuestros.

Aquel ejemplo que Suderman emplea tan bien en su drama «El Honor» sobre el mismo sentimiento, serviría cabalmen te para el caso.

Lo nuestro nos parece bueno; lo del vecino defectuoso. Y este error tan general y comun se presta ciertamente a ser considerado de muy distinto modo.

Hallamos por ejemplo ridículo el código social de los chinos o de los japoneses, y el nuestro que no le va en saga; es para ellos de igual efecto que nos produce el suyo.

Aquellos particulares saludos de los habitantes del Asia, son ni mas ni menos que imitación o copia, escena cambiada, de las ridículas genuflexiones de nuestra «elite»; del apretón hipócrita de manos, o de la costumbre de quitarse por galantería el sombrero.

Si es en los ceremoniales de la vida, las cosas no cambian, y ya sea la circunsición de los judios, el bautizo de los cristianos o el ritual de una religión cualquiera no se desmerecen.

Las uniones libres, o sancionadas por vinculos diversos, con sus regalos, sus visitas, su castidad o libertinaje por emblema, es reproducción del mismo fondo con los contornos solo diferentes.

Y hasta el morir, de modo tan extraño interpretado, es ni mas ni menos que cosas símiles. Y esto porque la moral, una en esencia, es bajo cualquier punto acomodaticia, y se desarrolla en acorde con las circunstancias. Un entierro japones, con sus veladas en torno del féretro, su cortejo, sus plañideras, su comida para el viaje a la eternidad y las mil simplezas por el estilo que le acompañan, decidme: ¿es acaso distinto a las falsedades de nuestro dias y nuestro ambiente; donde la invitación, el velorio, los licores, el pésame, los anuncios periodisticos, con nóminas proporcionadas por la misma familia, de asistentes, de coronas, de telegramas, de targetas, hacen la crónica social?

No. Los actos son los mismos. La moral acomodaticia rige todo, abusiva y tiránica, los seres tan serviles para el concepto de la sociedad y rehacios a todo asomo de libertades, arrastran su cadena de prejuicios con tanta pasividad, como pudiera hacerlo una mula atada a la rueda de un molino. La moral y los prejuicios son los mismos, no tienen diferencia

El sistema del presente los impone.

La estúpida humanidad los acata.

CHANTECLAIRE

En marcha

—s—

El tiempo ha marchitado los laureles
ganados en los campos de batalla,
y el progreso que todo lo avasalla
pide escuelas en cambio de cuarteles.

De la Verdad, las huestes siempre fieles
quitaron a los dioses su muralla;
y libre ya el camino, la "canalla"
entró triunfante a rescatar "infieles".

Y es que el libro ha mellado las espadas,
y en vez de su fulgor brillan azadas
que empuñan arrogantes los obreros.

Mientras que Dios, caido de su trono,
por la razón impuesto al abandono
no volverá a dictar los derroteros.

A NIL.

El campo de la Idea

Que debe dar sus frutos me lo imagino,
Por tales esperanzas soy campesino.

Si. Las ideas vuelan, se expanden, se fecundizan, florecen, y por último mueren. Pero al morir preparan la tierra para nueva cosecha.

Yo campesino, recojo el fruto de mi antecesor, y devuelvo con mi siembra la cosecha al que me tiene que suceder.

Aqui el problema del hijo y del padre. El hijo no debe nada al padre. El padre lo debe todo al hijo.

Nadie pidió la vida. Luego, nadie tiene deberes para semejantes progenitores. Y si el presente, nacido del ayer recibe con la vida sus beneficios, justo es que legue con la vida futura que engendra, el pago que adeuda con la suya. Por esto que el hombre, las cosas, el tiempo, y todo cuanto haya en el terreno materialista o ideológico ha de redimirse en el futuro, en el porvenir, en lo que ha de llegar.

Y en ese campo, fecundo para el sacrificio y el agradecimiento, resta como compensación la esperanza irreductible e incontrarrestable de q' se labora una época próxima, es decir, que lo fructifero de la cosecha será aprovechado por las generaciones futuras.

Hijos del ayer, redimamonos en el mañana!

Ink Roth.

Por qué los pueblos actuales son aún belicosos

—s—

Cuando, hace poco, Italia desencadenó sus ingentes fuerzas contra Trípoli, el mundo intelectual, los hombres pensadores, sufrieron una nueva desilusión. Se creía, en efecto, que la educación considerablemente aumentada, había ya concluido con el feroz atavismo de la belicosidad promitiva; que el periodo industrial había sepultado para siempre al ascentral periodo guerrero; que el internacionalismo creciente habría ya sofocado los viejos «chauvinismos» generadores de odios y de lágrimas; que, en fin, si los gobiernos actuales se atrevian a afrontar eventualidades de una guerra de conquista, los pueblos ya educados, no los acompañarían.

Porque, digase lo que se quiera, disfrácese con este o con aquel nombre, con tal o cual pretexto, la verdad es que la civilización no se impone a cañonazos, que la barbarie no se destruye con otra barbarie, que un pueblo puede penetrar lenta y pacificamente en otro mejor que yendo a sangre y fuego (no me particularizo con Italia, pues veo, que por desgracia, los otros paises europeos siguen la misma senda todavia).

Era, pues, francamente, una desilusión mas para los espíritus ampliamente progresistas, ver como los pueblos casi igual que en otrora, acudían presurosos a matar por un palmo mas de tierra o por un mal entendido puntillo de honor patriótico. Y fué un colmo, para los que saben algo de lógica, ver que nada menos que el papado cristiano «soi-disant» representante de una religión de paz y de amor, olvidaba añejas divergencias con el Estado, para incitar con su casca da voz a la guerra y a la matanza!

Solamente el partido Socialista se atrevió (pese a la deserción de algunos de sus representantes, sugestionados por el ambiente), a arrostrar las iras patrioteras, a hacér frente a la corriente ciega y tumultuosa, para predicar en medio de los furores del patrioterismo resurgente, la paz y el amor que católicos y conservadores olvidaban. Eran los titulados revolucionarios y ácratas los que se revelaban contra los derroches funestos de dinero y de sangre que toda guerra significa y exige. Fueron ellos solos los que cargaron con el mote conocido de «antipatriotas», que ha sustituido al viejo calificativo de «herejes»......

E igual cosa, mas o menos, está ocurriendo en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Bélgica..... donde un recrudecimiento imperialista arrastra a los gobiernos a arrojar mas y mas fondos en el tonel de las Danaides del armamentismo incesante, sin ver que la miseria cunde mas y mas en los hogares de la masa popular, que una vez pase la racha patriotera, quizás se vuelva inevitablemente contra los mismos que hoy les mandan......

Ahora bien, ¿a que obedecen estos fenómenos colectivos? ¿Cómo se explica ese resurgimiento de odios etnicos y de fanatismos nacionales que sofocan con el ruido de sus armas las voces de las minorías reflexivas que no se dejan arrastrar por la corriente?

Hay, sin duda, varias causas, ya que todo fenómeno material o moral obedece a causas, siendo los principales: la tendencia conservatista, que se ase a un hierro ardiendo antes de permitir que los pueblos tengan tiempo y fuerzas suficientes para pensar en sus reformas sociales, la ley de herencia habilmente fortalecida por las clases privilegiadas (y mal contrarrestada aún por la tendencia contraria), que arrastra a los pueblos irreflexivamente por los caminos de sus abuelos ascentrales, manteniendo y fomentando el amor excesivo a la tradición y a las "glorias" militares; la iglesia "cristiana" en decadencia, que desalojada cada vez mas de las inteligencias modernas, procura unificarse con los diversos gobiernos y explotar los patrioterismos de las masas ignaras a fin de vivir mas y mejor; y, finalmente, lo deficiente y ficticio de la educación que actualmente se imparte, y lo defectuoso e incipiente de nuestra misma civilización coetánea.

Se paga, en efecto, un excesivo tributo a fórmulas extemporáneas, a simbolos vanos y retardatarios, rutinas misoneístas; a prejuicios perjudiciales. Si en algunas naciones va siendo desterrada de la escuela primaria la enseñanza del prejuicio religioso, queda en cambio la del prejuicio «chauvinista». Se conmemora ruidosamente cada victoria militar lograda en tiempos pasados, sin pensar que ellas agravian y renuevan los dolores y los odios del vencido, y sin pensar que el periodo de las matanzas organizadas debe desaparecer y borrarse si es posible de la mentalidad, como el periodo embrionario del nomadismo, del fetichismo, de la antropafagía, del fanatismo religioso... etapas inferiores de civilización.

Digan lo que quieran los que pretenden justificar con la teoria de la fuerza bruta las matanzas organizadas, si en algo queremos diferenciarnos de la inconciencia animal, «si algo significa la educación y la civilización», es menester que antepongamos la ley de la solidaridad humana a la de la solidaridad de «clanes» contra «clanes» o de patrias contra patrias. Puesto que todos los hombres del globo estamos sujetos en lo esencial a las mismas leyes naturales, a las mismas necesidades, a los mismos dolores, ¿por que no emplear todos los esfuerzos unidos contra el enemigo común contra la naturaleza impasible y ciega, contra los flagelos que diezman y torturan?..

. . . .

En último término, pues, la tendencia de la paz o de la guerra, del trabajo o de la conquista, viene a resumirse en la lucha aun abierta entre la tendencia misoneista o conservatista y la reformista o progresista.

Y solo se resolverá con el triunfo decisivo de una u otra.

Raúl Villarroel

Conferencias

El jueves 4 de Septiembre a las 8 y 30 p. m. en el local del Centro de Libres Pensadores tendrá lugar la 3ª conferencia la que versarà sobre:

"Egoismo y Altruismo"

Testamento de un borracho

—s—

Lo hizo uno que murió en Oswego, (Nueva York) y es como sigue:

«Dejo a la sociedad un carácter detestable, un ejemplo pernicioso y una memoria podrida.

Dejo a los autores de mis dias, dolor que no só como podran sobrellevar en su achacosa vejez.

Dejo a mis hermanas y hermanos toda la verguenza y el sentimiento que he podido causarles con mi conducta.

Dejo a mi esposa un corazón quebrantado y una vida de ignominias.

Dejo a cada uno de mis hijos, pobreza, ignorancia, embrutecimiento y el recuerdo de que su padre murió victima de la embriaguez»

Lean esto los borrachos cuando esten buenos.

«La Verdad» (P. Alta)

N. de R:— Y nosotros agregamos; sin querer defender el vicio. ¿Quien hizo borracho al hombre?

Curiosa fuera la respuesta.

Sobre Moral

—s—

Cómo debemos orientar la educación de la mujer para que la Escuela contribuya a la formación de un hogar felíz.

El hombre primitivo, errante en las frondosidades de los bosques o en la esterilidad del desierto, descansaba un momento y pasaba sin dejar huella en su lugar de reposo.

Los tiempos cambian, las ideas se diversifican y las necesidades individuales y sociales en su relación constante con el progreso, marchan, constituyendo la verdadera "escala de Yacob", a cuyo pie nos sentimos bestias y en cuya cumbre nos llamamos dioses.

El hombre del pasado necesitó un hogar, una piedra donde estampar todas las vibraciones de su sensibilidad naciente, y la mujer acompañóle en esa nueva era de dilatabilidad del alma.

El amor, fuerza creadora, afinidad electiva del espíritu, trayendo todos los remedios a los males del cerebro por el ensanchamiento del corazón, fué el lazo de unión que desde entonces marcó el rumbo de un desenvolvimiento nuevo, de una armonía única, de un ritmo desconocido que había de traernos la maximitud del placer.

La mujer quiso, y como el amor es altruismo, depositó todas sus ternuras en ese hogar para el que habia nacido.

El hombre necesitaba gastar parte de sus energías en la lucha diaria, y al volver encontraba en el cariño de la que le esperaba, la brillante aureola de su dicha: la deuda estaba paga —el sol no puede despedir sus rayos sin calentarse a si mismo.

Ese hogar es el nuestro, en el cual hemos aprendido a querer y a sentirnos grandes en el desenvolvimiento del espíritu, en esa sed de lo infinito, que elevándonos por el ideal nos hace siempre mas buenos.

Soy de las que creen que la felicidad se hace, que la dicha contribuimosla nosotros a formar, que el que ama, mutilando su yo en pro de los que le rodean, no pide, sino dá; no busca la emoción, sino la crea; por eso, ante los "náufragos de la vida", no siento sino piedad: no han comprendido que el fuego no se conserva sino comunicándose.

Ahora bien: ¿sueñan acaso todas las mujeres en este rumbo del espíritu?

Evidentemente no.

El hogar se forma porque sí, porque debe formarse, y entonces la felicidad: ¿qué otra cosa puede ser que una ilusión òptica?

Hacer a la niña consciente, dar firmeza a sus convicciones, mostrarle la vida como es y enseñarle que la lucha es condición de la victoria, insinuarse en sú espíritu para la dirección de sus idealidades, y mostrarle la vida como un combate, en el que la perseverancia y el cariño lo pueden todo, tal debe ser, creo, la obra magna del educador, y por lo tanto de las escuelas, si quiere dar a esa trinidad augusta que llamamos hogar, la luz, amor y vida que lo caracterizan.

Que sean firmes y que sean constantes en sus hechos, que se sientan responsables ante su conciencia de los pasos de su vida, y esta responsabilidad y esta firmeza contribuyendo a la formación del carácter, les dará hábitos de paz y de armonia, a la vez que las acostumbrará a notar en cada punto desenvuelto la conversión de un porvenir.

Que la niña conciba a la vida como movimiento hacia un fin determinado, y que al depositar hasta sus más íntimos ensueños en el hogar a formarse, este movimiento sea el fuego de la dicha interna, la luz que lo ilumine todo.

No temamos libertar los espíritus si les damos al mismo tiempo la fuerza que no ha de estrellarse contra la primera idea, si hacemos comprender a esas futuras madres ser ellas el lazo de unión entre el ayer y el mañana.

Hoy por hoy, no es de pedirse para la mujer más que el hogar, pero el hogar, nido del alma, donde los desdoblamientos dolorosos de nuestro espiritu no sean un secreto, donde la mujer ya no esclava sino compañera del hombre, unida a èl por la comunidad del pensamiento, sea su amigo más fièl, su secretario mas constante, su consejero mas seguro, su depositario más firme, que sufre con él por sus dolores, que goce por sus alegrias, que sueñen juntos en la realización de los ideales comunes.

Para esta obra gigantesca, la niña necesita prepararse, no solo en el sentido moral que ya he enunciado, sino en su intelectualidad —nunca se sabe bastante para la unificación de la idea.

Concibo a la mujer superior, en quien, uniendo la sensibilidad más exquisita a la mas fuerte voluntad, sufra mucho, pero obre mas, y como la acción es siempre goce, éste dominará a la pena, sonreirá constantemente a la vida, se expandirá en la misma intensidad de sus afectos, y como desafiar al dolor es ya vencerlo, sentirá y harà sentirse felices a los que la rodean.

La escuela debe tender a este progreso, marcando asi en oscilación lenta que la evolución no es un mito, que la organización humana paso a paso se hace buena, y que LA VIDA ES EL UNICO IDEAL, LA UNICA RELIGION DEL PORVENIR, puesto que incluye la del sufrimiento humano.

CORA PACULI.

Los horrores de las guerras

—s—

Un niño ha nacido. Para darlo a luz, la madre ha sufrido inenarrables dolores. Pero todo queda olvidado desde el momento en que ve al pequeño ser, tan largamente esperado. Reúnense todos alrededor de la cuna. Y todas las esperanzas se abren. Con las esperanzas vienen la zozobra, las inquietudes, los gastos. Las enfermedades, siempre prontas, espían su presa. Hay que vigilar al niño, defenderlo contra todo los peligros, vestirlo alimentarlo, darle alguna instrucciòn, descartar de su camino las penas y los sufrimientos con cuidados que sin cesar renacen.

El padre y la madre rivalizan en abnegación. Si el padre, luchando en su trabajo diario, no toma reposo, es porque trabaja para su hijo. Si la madre, dia y noche trabaja, es también

para su hijo. Ese hijo es el porvenir, la esperanza, la meta suprema.

Crece. Tiene diez años, quince años, veinte años. Llega el momento en q' los padres, casi ancianos, van a recibir la recompensa de sus penas. El niño se ha hecho hombre. Va a poder trabajar, para disminuir en algo la labor de sus padres. Es el orgullo, la alegría, el tesoro de dos pobres viejos que todo lo han sacrificado durante veinte años....

Pero una ley les quita brutalmente ese tesoro. Y se va para mucho tiempo, por un año, por dos años, por tres años; se va lejos, a veces a paises extraños, y los padres, en lugar de recibir ayuda, se ven obligados, de cuando en cuando, a enviarle algun dinero. No piensan en el ausente sin una sombría amargura, pues no comprenden por que existe esa soberana injusticia que les quita el hijo querido.

Bruscamente, los azares de la diplomacia, los clamores de los diarios, las ambiciones de un conquistador desencadenan una guerra. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Lo unico conocido es que hay guerra. Y luego, cierto dìa, se tienen noticias de una gran batalla. Cien mil de esos jóvenes, con el vientre abierto o la cabeza destrozada, o los miembros mutilados, agonizan en los campos. El niño querido, el protector de la vejez, ha sido muerto con sus hermanos y por sus hermanos. El largo pasado de cuidados y abnegaciones ha sido roto en un segundo, de un solo golpe. El joven soldado ha desaparecido para siempre.

¡Qué duelo y que terrible multiplicación de duelo! ¡Un muerto no es nada! Pero diez muertos, cien muertos, cien mil muertos!

Supongamos, para darnos una idea, aunque vaga, de lo que es una hecatombe de cien mil hombres; supongamos, digo, que el conquistador triunfante visite cada hogar para consolar con algunas palabras a la atribulada madre, cuyo hijo cayó por su culpa, y admitamos que, para consolarla de ese desastre y para disculparse de ese crimen ¡le baste un minuto! ¡Un minuto para consolar toda una familia atribulada! No hay que perder tiempo. Y bién; si nos imaginamos q' a esta obra de expiación el glorioso conquistador dedica sin descanso doce horas diarias, necesitará para lavar su conciencia de todos los muertos que ha provocado, necesitará, digo, cerca de seis meses.

¡La muerte de seres queridos, tal es una de las consecuencias mas inmediatas de la guerra! En primer momento no se piensa en ella; pues los escritores burgueses, los periodistas, académicos, no se preocupan de los pequeños soldados nacidos en cualquiera aldea. Los lamentos de las madres no llegan hasta ellos. Ademas, es un dolor sombrìo, fatalista, silencioso, q' no incomoda a los demas, que teme ser importuno. Por eso, exceptuando a algún filósofo soñador que se conmueve, el inmenso dolor de la masa anónima pasa inadvertido.

Al redactar un parte anunciando una victoria, se relata con satisfacción que el triunfador ha tenido tres mil muertos, mientras que el adversario ha perdido siete mil hombres. Y al leerlo se sonrie complacido. ¡Tres mil hombres! ¡Vaya un asunto!

Se entiende que en cuanto a los muertos del enemigo no se tienen absolutamente en cuenta; mas aun, mas de un buen patriota repetirá la frase de Bismarck, a quien se le relataba la muerte de un soldado francés: «Siempre es uno de menos»

Nada mas edificante que la elegancia con que los escritores relatan las matanzas y la miseria de una guerra. Es con admiración como relatan la obra de César en las Galias: «La ciudad ha sido destruida, los habitantes pasados a deguello; la región ha sido desvastada». Y cuando el conquistador historiador cuenta con satisfacción, mezclada de orgullo, que ningún habitante de la ciudad ha conseguido huir, los historiadores filósofos, que le han seguido, aplauden.

Cuando el gran ejército de Napoleón pasó el Niemen para doblegar a los rusos, se calcula que contaba con 700.000 hombres.

Ante esta cifra, los historiadores se confunden en frase de admiración. ¡700.000 hombres! ¡Que maravilla! ¡Que hermoso triunfo el haber conseguido alimentar, uniformar, aprovisionar, mandar esos 700.000 hombres. No alcanzan las alabanzas para glorificar ese milagro. Seis meses despues, ¿cuantos de esos 700.000 hombres sobrevivían? Tres mil; ¡si!, tres mil apenas. Los demas habian muerto en medios de sufrimientos atroces, después de terribles miserias, deshechos por la metralla, enterrados por la nieve, devorados por los cuervos, aniquelados por el tifus. Esta es la suprema grandiosidad de la guerra.

C. RICHET.

Nuestra obra

—s—

Atravesamos una época, en que la organización social y salvaje es puramente la obra de ayer.

El hombre creó este ambiente corrupto, donde la humanidad se arrastra enceguecida y hambrienta.

¿Que es sino ese grito inmenso de libertad y justicia que cruza el mundo altivo y amenazador?

Cuando la consecuencia extrema sus grados, es funesta, y recien entonces, tratase de descubrir la causa que la motivó. Asi la situación actual.

El hombre, agobiado por los males del presente, por la carga pesada de su vida, ha tenido que sublevarse con tra ellos, y atendiendo la voz de la razón, halló la causa de todos sus tormentos en la obra que él mismo cimentara ayer; cuando olvidado de las cosas que le rodeaban no pensaba en el porvenir, aumentando con su despreocupación y debilidades el propio malestar; aquel avance barbaro que llegó a convertir la vida en aberrante situación; donde el hombre desempeña solo el papel de mìsero instrumento suceptible a cambios y evoluciones hasta vergonzantes, que emanan de los privilegios del capital o de la astucia.

Toda obra pues, tiene su cimiento. Buena o mala fundase en la base. Y por eso nosotros, si queremos ser libres y felices, debemos comenzar por elevar el bien destruyendo al mal. Debemos educar la niñez en un ambiente sano y altruista con conocimientos cientificos y libres, y debemos profundizar la vida en todas sus bellas y humanas manifestaciones, para asi mañana estar seguros que hicimos de ella, la misión justa para la cual ha sido creada.

C. R.

Las clases trabajadoras

—s—

El trabajador fuó primero esclavo, despues siervo, mas tarde jornalero.

Cuando esclavo, se le consideró nacido para la esclavitud; cuando siervo, para la servidumbre; cuando jornalero, para el servicio del capital a cuyas ordenes sigue.

La razón ha sido siempre la misma: la inferioridad de su entendimiento, la circunstancia de parecer mas propio para ejercer las fuerzas del cuerpo que las del espiritu.

A pesar de este falso argumento ha subido de esclavo a jornalero, ¿Como dudar de que mañana llegue al rango de comparticipe y se iguale con los que hoy le explotan? Se ha visto ya que, dado la equivalencia de funciones y de talentos, no cabe, en justicia, conceder supremacía alguna ni a la ciencia sobre las artes ni a las artes sobre las ciencias.

¿Cuando se verificarán estas y las demas reformas? lo ignoro. Por lo lejano que esté el ideal, conviene hacerlo brillar de contínuo a los ojos de las gentes, para que sirva de faro en las presentes borrascas; sobre todo para que, vien-

dolo, se resuelvan nuestros legisladores a salir de la trillada senda por que caminan, y llevar por otros rumbos la reforma de sus anticuados códigos y de sus viejas leyes.

El derecho civil es hoy el derecho de la propiedad y de la usura; en sus páginas es donde ha de hacerse la revolución por que suspiramos.

¡Lástima que tan frecuentemente lo olviden los partidos populares!

Con que al corregirse el còdigo se partiera de que el trabajo es condición de toda propiedad, se modificaría profundamente la organización de nuestras sociedades y la manera de ser de las naciones

F. Pi y Margall,

El desenvolvimiento del militarismo ¿a quien interesa?

—s—

Paralelamente, y con identico empuje se han desarrollado en los últimos años dos corrientes opuestas: la guerrera y la pacifista. Por una parte, ha decaído el sentimiento patriótico y se ha extendido e intensificado el deseo de la paz; y por otra el espíritu belicoso, que creíase extinto, ha vuelto a surgir vigoroso y agresivo; la fiebre militarista se ha exacerbado hasta traspasar los lindes de la razon; el «chauvinismo» parece hallarse en plena edad de oro; los delirios imperialistas y nacionalistas hacen temer una espantosa conflagración europea, y el incesante incremento de los armamentos conduce a los pueblos a la ruina económica.

Pero este renacimiento patriótico, esta explosión militarista, todo este ruido producido por el imperialismo y el nacionalismo, ¿es realmente expresión fiel del estado de conciencia social? Estos enormes gastos en armamentos, ¿responden efectivamente a los deseos de los pueblos? Los pueblos, ¿quieren la guerra? Las causas del actual aparato bélico, ¿son naturales o artificiales? ¿Se siente el patriotismo o se simula? ¿Quienes tienen interes en fomentar el militarismo? ¿Que hay por debajo de todo esto? ¿A qué tales locuras? ¿Por qué? ¿Para qué?. . .

Las interrogaciones brotan espontáneas en la mente. Y la razón y la lógica, y los hechos sobre todo, nos dicen como el patriotismo es una ficción; como el militarismo no tiene raigambre en el pueblo; como el nacionalismo y el imperialismo son impopulares; como el actual movimiento guerrero carece de eco en la opinión; como el incesante aumento de armamentos es condenado por la mayor parte de los hombres.

Los pueblos no quieren la guerra. Los trabajadores son internacionalistas y pacifistas. El pacifismo ha conquistado numerosisimos prosélitos en todas las clases sociales. El concepto de humanidad se ha sobrepuesto al de la patria. La guerra es repudiada por casi todo el mundo. Los mas de los burgueses la detestan, sino por sentimentalismo, por motivos egoístas, pues los intereses de industriales, comerciantes y agricultores, son, generalmente, opuestos a los de la guerra.

Múltiples, y ninguna buena, son las causas del constante aumento de los armamentos y de las contiendas guerreras. La primordial de estas causas es, naturalmente, el sistema social capitalista, del que las otras causas son efecto. Los capitalistas, en general, quieren q' el Estado sea nada mas q' garantia de sus intereses; necesitan muchos soldados que les aseguren el tranquilo disfrute de las riquezas que se han apropiado; precisan de un gran aparato de fuerzas para obtener la seguridad de explotar a sus semejantes sin temor a que se les devuelvan airados. Una vez que los capitalistas creen tener bien asegurados sus intereses, lo demas nada les importa.

Cada capitalista se considera el centro del mundo. Para él solo son sagrados sus particulares intereses. Si para conservarlos y acrecentarlos es necesario verter rios de sangre, y asolar comarcas enteras, y sumir a los pueblos en la mayor miseria, lo hacen sin vacilar por que el capitalista carece de conciencia y le tiene sin cuidado las desgracias humanas. Los grandes capitalistas son los peores enemigos que tiene la humanidad

¿Y no será tambien el temor que inspiran al capitalismo las fuerzas proletarias otra de las causas del fomento del militarismo? ¿No les preocupará mas a los capitalistas la defensa social que la defensa nacional? ¿No corresponderá el incremento del Ejército al aumento progresivo del poderio del proletariado militante? Porque es natural que las clases predominantes procuren aumentar sus fuerzas defensivas a medida que crecen las fuerzas revolucionarias, pues demasiado saben que solo por medio de la violencia es posible la conservación de sus odiosos privilegios.

El capitalismo esta, pues interesado en fomentar el militarismo, porque el militarismo es su principal y único sostén.

Pero hay otra clase social tan interesada o mas que la capitalista en aumentar los armamentos. Esta clase es la burocrática. Mejorar los armamentos es para ella la manera de conservar sus destinos y multiplicar las probabilidades de aumentarlos. Extender las posesiones territoriales es para la burocracia ensanchar su campo de acción, crear nuevos destinos públicos. ¡Y son tantos los que aspiran a ellos!

A la burocracia le conviene, pues, tanto por lo menos como al capitalismo, el incremento de las armas. Asi si aumenta su poder pueden crecer sus ganancias Para capitalistas y burocratas, el nacionalismo es solo un negocio. Su patriotismo es un medio para dominar y enriquecerse. Y enriquecerse y dominar son sus únicos ideales, los únicos fines que persiguen.

Pero lo que mas claramente se ha probado es que los capitalistas que se dedican a las industrias guerreras son los principales impulsores del actual aumento de los armamentos. De tal hecho a nadie puede caberle duda alguna, pues las pruebas que se han aducido para demostrarlo son irrefragables.

Se ha probado que esos industriales, que sin duda aparentarán ser ardientes patriotas, estan unidos internacionalmente para explotar a los Estados. Se ha probado que, al objeto de extender ampliamente sus malditas industrias, esos capitalistas, de seguro muy buenos cristianos, fomentan, con la complicidad de miserables periodistas y políticos, el odio entre las naciones. Se ha probado, en fin, que entre los Gobiernos, la Prensa y los fabricantes de pertrechos de guerra, existe un abominable pacto para contribuir al desenvolvimiento del militarismo y repartirse bonitamente las enormes ganancias que el negocio de los armamentos produce.

Es decir, que porque los comerciantes en armas quieren tener numerosos encargos, se encienden las pasiones patrioteras y se incita a la guerra a los paises; con las palabras imperialismo, nacionalismo y patriotismo, sirven para encubrir los mas bajos intereses mercantilistas; que los grandiolocuentes discursos que los políticos pronuncian, inflamados de sublime amor a la patria, y los sendos artículos que se publican para probar la necesidad de aumentar los medios de defensa nacional, no son fruto de los sentimientos patrióticos de sus autores, pues carecen de ellos, sino que al obrar asi, lo hacen con vistas a las repletas cajas de las casas constructoras de artefactos guerreros.

Resulta, pues, que el principal mòvil del aumento constante de los armamentos y de las acciones belicosas no es otro que los intereses económicos de un grupo de grandes capitalistas y burócratas, truososmas criminales, y de otro grupo, compuesto de gentes indígenas, que medra a la sombra de aquél. Eso por un lado. Y por el contrario tenemos que el incremento de las armas y las guerras perjudican a los pequeños y medianos industriales, agricultores y comerciantes, y aún mas a los obreros, sobre quienes, abrumadoramente, pesan los enormes gastos consignados en los presupuestos de Guerra y Marina.

Y puesto que a la mayoria no le conviene la guerra ni la paz armada, sino la paz sin armamentos, es indudable que si quisiera, si saliera de su pasividad pronto lograria poner termino a los de

lirios imperialistas y a los negocios que se encubren con el pabellón del patriotismo.

Si no fuera por esa pasividad suicida de los mas de los trabajadores, sobre todo, el militarismo no hubiera alcanzado tan gran desarrollo, y los accionistas de las industrias de los armamentos tendrian que contentarse con dividendos bastantes mas modestos que los que ahora se reparten.

Pero es de esperar que el pueblo acabará por reaccionar é impondrá la paz entre las naciones.

Confiamos en que el pacifismo triunfará al fín.

José Chueca.

De la guerra

—s—

Por delante, desolación y muerte.
Por detrás, negocio y ganancia.
Eso es la guerra.

— —

Por pretéxto, el honor nacional.
Por causa, el interés de la plutocracia dominante.
Por eso se hace la guerra.

— —

Ciudades arruinadas, campos yermos, puentes destruidos, fabricas paralizadas, gran desmoralización, epidemias mortíferas.
Dictaduras tiránicas, negociantes millonarios, numerosos inválidos, orfandad y viudez en grande, miseria general.
Eso produce la guerra.

— —

Patrioteros ignorantes.
Pescadores de río revuelto.
Esos quieren la guerra.

— —

Pensadores con juicio recto.
Hombres de sentimientos nobles.
Esos detestan la guerra.

Munificencia Gubernamental

—s—

Mientras los inundados reciben como ayuda oficial una cantida misera de pesos; el gobierno platense sanciona y aprueba un millón y medio para proseguir las suntuosas e improductivas obras de la catedral de La Plata.

Y los legisladores, aquellos que dicen ser llevados por voluntad expresa del pueblo, aquellos a quienes la vóz acusativa del analfabetismo no hiere, aquellos que descuidan las crísis que ya crónicas asolan los ambitos todos de la provincia, demuestran una vez mas su munificencia con dineros que ningún sudor les han costado y que servíran aun todavía para hacer mas espesas las tinieblas del oscurantismo, que emanan de lugares como son aquellos en que se guarecen los sacerdotes de la impostura y de la mentira.

Ese millón y medio que servirá de regocijo a las huestes agonizantes de Jesus, es afrenta y úsurpación para el pueblo laborioso, unico contribuyente y único sacrificado.

He ahí el pago justo y merecido que sin embargo reciben los electores, de quienes con astucia escalan las gradas del poder.

Bien haya multiplicación de casos como el presente, puede que así el pueblo acabe alguna vez por saberse gobernar a si mismo.

Las dilapidaciones como la enunciada, que tan buen contraste ofrecen con la miseria que se atraviesa, es el mejor medio acelerativo de transformación social.

Agradezcamosle pues.

Teocrito

Cuestión de términos

—s—

La última vez consideré la significación de zángano. Hoy trataré de lo que el vulgo entiende por piedad.

La Academia, entre otras cosas dijo: Virtud, misericordia, conmiseración y lastima.

La piedad es pues, y se hace siempre simpática. El hombre piadoso, quiere decir un hombre bueno, al quien que se apiada de los sentimientos y dolores ajenos, el que se lamenta de las males del prójimo.

Mas sin embargo, y al igual que de muchos otros términos, el abuso ha hecho de la piedad interpretaciones caprichosas, ridiculas y absurdas. Se ha querido rebasar el límite con el unico fin de ganarse simpatia y asi podemos ver, como son muchas las veces donde la piedad se entiende malamente, y lo que es peor, en perjuicio de quienes debieran inspirar mas lastima, mejor conmiseración y mucha mas misericordia.

Lo curioso es aun, y esto suele acontecer con frecuencia, que la misma victima compadece a su verdugo. Resultado consiguiente pero repulsivo de los sistemas actuales de convivencia, donde se hizo del delito una virtud y de las humanidades un vicio.

Dias pasados sin ir mas lejos; un grupo de pobres inquilinos que habitan miserables y mas inmundos cuartuchos, se lamentaban y compadecian de los propietarios de casa, nada menos porque ordenanzas de estetica y de higiene los comminaba a revoques, blanqueos, aguas corrientes etc. Y ellos, al fin de cuentas, las victimas de la usura caseril, eran precisamente los que al resultar beneficiados con la innovación, se lamentaban sin embargo del sacrificio que suponia para sus verdugos. Porque victimas y verdugos, son los inquilinos y los caseros. Los primeros viven pesimamente, en tanto que los otros usufrutuan sin trabajo el tributo monetario de los demás. Bonito modo de entender la piedad.

Otro caso que observé tambien, fué el constituido por la conversación de varios obreros. Discutian éstos el pacto a celebrarse con motivo del termino a una huelga, y dos o tres, piadosos, o mas bien dicho, ignorantes al extremo, se lamentaban de los apuros en que con sus exigencias pondrían a sus amos, y el peligro que entrañaba quedarse sin ellos, por carecer luego de trabajo.

¿Y hasta cuando, pense yo, al contemplar esos cuadros, durará la inconciencia de los hombres? Mentira parece que aún persista piedad semejante. Tener misericordia la victima de su verdugo, es peor aún que pensar q' no se pueda vivir sin amos y sin jueces.

Es confundir miserablemente el servilismo con la piedad.

Viriato Epaminondas

Suscripciòn Pro Imprenta

—s—

Suma anterior	1.411
Labarone Hnos.	180
Nicolas Martinez Luco	5
Rafael Fittipaldi	5
Ramón González	1
Santos Martínez	5
Celestino Sauria	1
Juan Clemente	3
Augusto Reant	5
Viuda de Lanzinetti	5
O. Q.	20
José Migares	5
J. M. Y.	5
Miguel S. Machado	1
Ramón Obriols	5
	1.657

Continuarà

A los suscriptores

—s—

El reparto de este periódico se efectua por correo. Todo aquel que no lo recibiese, sirvase dar aviso para formular el consiguiente reclamo.

El Administrador